

## PROPÓSITOS.

Para tener nosotros esta paz, no hemos de esperar á que vengan los lances supremos, pues no se llega á lo heroico de las virtudes, sino despues de haber combatido mucho para vencerse á sí mismo con la gracia del cielo. Prometamos al Señor reprimir nuestro amor propio, y dominar nuestra ira en las contradicciones domésticas; pues haciéndolo así, nos dispondremos á pelear por amor de Jesucristo; y ayudados de sus auxilios, combatiremos contra el mundo entero, si este se levantase contra nosotros, y lo venceremos.

## AFECTOS.

O Jesus amoroso, os tengo ya, porque os habeis dignado recibirme, y no os dejaré. ¡Dichoso yo, que descanso bajo la sombra del que ocupaba todos los deseos de mi corazon! ¡Oh! ¡Qué dulce es el fruto de él para mi paladar! <sup>1</sup>

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

<sup>1</sup> Cantic. cap. 2. v. 3.

## DIA XXV.



*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

EL CORAZON DE JESUS REFUGIO DE LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO. Era tan grande el atractivo del semblante de Jesus, y se derramaba con tanta abundancia la gracia de sus divinos labios, que se encontraba casi siempre rodeado de innumerable pueblo, y le seguian las turbas á los desiertos y despoblados, trascurriendo algunas veces dias y dias, sin pensar estas ni aun en tomar alimento; porque todos pasaban el tiempo como extáticos, oyendo su doctrina celestial, y sin hartarse jamás de contemplar aquel rostro apacible, aquellos ojos modestos, y aquella frente serena y majestuosa, en la cual brillaba un rayo de virtud mas que humana; y por esto, los que oian sus palabras con corazon recto, decian al ver sus obras: *Nunca se vió tal cosa en Israel* <sup>1</sup>. Mas, ¿qué ve en Jesus este tropel de gentes, además de su suavidad y hermosura, para que lo vayan siguiendo por todas partes con una especie de fuerza irresistible? ¡Ah! Un espectáculo para ellos nuevo y desusado, una amabilidad desconocida en la tierra, un cariño propio de solo Dios, que quiso conversar con los hombres: *Jesus recibe á los peca-*

<sup>1</sup> Matth. cap. 9. v. 33.

dores y come con ellos <sup>1</sup>, haciendo lo contrario de cuanto practicaban los sabios y doctores, que se tenían por santos, y no permitían que se acercara á ellos ningun impuro, creyendo que perdían su justicia y su virtud.

Así, no hay que buscar entre esa prodigiosa muchedumbre, que sigue al Salvador, mas que pecadores: hay entre ellos publicanos, que con fraude se han apoderado del bien ageno, hombres que se han olvidado de la ley divina, mugeres que se han entregado á la corrupcion, y prevaricadores de toda clase. Pero, apenas ha empezado Jesus á anunciar penitencia y remision, han comprendido que su Corazon está inflamado de amor por los pecadores, y que tienen en él un refugio, ya para alcanzar la misericordia de Dios, á quien saben que han ofendido, ya tambien para librarse de las calamidades temporales, en que han incurrido por sus culpas. Y ¿cómo habia de suceder de otro modo? ¿Qué estupor no debió causar en los hombres el ver que se llegaban á Jesus en tropel los enfermos y estropeados, y que bastaba que él los bendijese, para quedar enteramente sanos? Estaban persuadidos, de que las enfermedades podían ser castigo de sus crímenes, ó de los de sus padres <sup>2</sup>, ¿qué consuelo sentirían en sus almas al oír de Jesus aquellas palabras, que no habían herido jamás el oído humano: *Hijo, ten confianza, que te se perdonan tus pecados: levántate, toma tu lecho y vete á tu casa* <sup>3</sup>; *no peques mas, para que no te suceda alguna cosa peor?* <sup>4</sup>

¡Ah! ¿Qué confianza inspira en los pecadores esta

<sup>1</sup> Luc. cap. 15. v. 2.

<sup>5</sup> Matth. cap. 9. vv. 2. 6.

<sup>2</sup> Joan. cap. 9. v. 2.

<sup>4</sup> Joan. cap. 5. v. 14.

proteccion y amparo, que encuentran en el Corazon amoroso de Jesus! Mientras no han oído de los maestros de la ley sino sentencias aterradoras, que los precipitan en la desesperacion, de los labios de Jesus no salen mas palabras que de gracia é indulgencia. Así, corren á él, como el ciervo herido se precipita en el manantial cristalino, para curarse de las heridas recibidas: aquí es un principal rico de entre los publicanos, que confiesa públicamente sus fraudes y promete resarcirlos, dando la mitad de sus bienes á los pobres, y devolviendo cuatro tantos mas á quien haya defraudado <sup>1</sup>: allí es una pecadora pública, que busca á su protector en el convite donde se halla, y se arroja á sus pies, y sin decir una palabra, derrama sobre ellos dos torrentes de lágrimas, encontrando en él un Padre que la perdona, un Dios que la absuelve, y un Abogado que la defiende contra los murmuradores <sup>2</sup>.

¡Ah! Comprendamos que el espíritu de Jesucristo es todo amor, cariño y dulzura hácia los pecadores, pues así lo mostró, no solo á los fariseos, en quienes la hipocresía habia producido la dureza de corazon, sino tambien á sus discípulos, que, inflamados en cierta ocasion de un falso celo, pretendían vengar la injuria hecha por los samaritanos á su Maestro, no queriendo darle hospedaje. *No sabeis de qué espíritu sois*, les dice: *el Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas* <sup>3</sup>. Revistámonos siempre de este espíritu de Jesucristo, para recibir con compasion á los que yerran, sacándolos con caridad de la senda de perdicion, sin olvidarnos de que

<sup>1</sup> Luc. cap. 19. v. 8.

<sup>5</sup> Luc. cap. 9. v. 56.

<sup>2</sup> Luc. cap. 7. v. 38.

todos hemos errado como ovejas descarriadas <sup>1</sup>, y teniendo presente que todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria de Dios <sup>2</sup>.

PUNTO SEGUNDO. Nadie viene al mundo, que no traiga impresa en su alma la mancha de la culpa, y no deba únicamente á la misericordia divina el verse libre de ella y de la pena eterna, en que todos incurrimos por la prevaricacion de nuestro primer padre; y no es menos un efecto de la misericordia de Dios la regeneracion que recibimos por Jesucristo en el santo Bautismo, que la gracia de la perseverancia hasta el fin. Pero ¡cuánta es la miseria humana! De las muchas almas que resucitan de la muerte del pecado á la vida de la gracia, algunas conservan hasta la muerte la blanca estola de la inocencia, sin mancharla con pecados graves. mientras otras desgraciadas tienen la desventura de dejarse arrastrar de las pasiones, sucumbiendo á las seducciones de los sentidos, alucinándose con los espectáculos del mundo y la soberbia de la vida, y olvidándose de lo que deben á Dios, y de lo que le han prometido observar. ¡Ah! ¿no habrá un medio de salud para tantos desgraciados, ni encontrarán un lugar de refugio, para obtener de nuevo la gracia perdida, y salvarse de la justa indignacion de Dios?

Sí lo hay, pues el Corazon amantísimo de Jesus, herido de amor hácia los pecadores, es la fortaleza de refugio, donde pueden acogerse con confianza los que se sientan agravados con el peso de sus abominaciones é infidelidades. Para las almas regeneradas, pero decaídas de la amistad divina, dijo el Es-

<sup>1</sup> Isai. cap. 53. v. 6.

<sup>2</sup> Rom. cap. 3. v. 23.

píritu Santo estas palabras, que derraman sobre el corazon acosado por los remordimientos un bálsamo consolador: *Procurad no caer en el pecado, sobre todo en aquel que os arranque la estola de la inocencia, y os prive de la gracia divina: pero, si alguno tuviese la desdicha de pecar, no desmaye, porque tenemos por abogado delante del Padre á Jesucristo, que es la propiciacion por nuestros pecados* <sup>1</sup>. Porque Cristo murió por nosotros derramando su sangre: y si antes de sufrir la muerte y pasion, encontraban en él los pecadores el perdon y la gracia, ¿con cuánta mas razon no la hallarán ahora, que tiene impresas las llagas que le ha costado el rescate del mundo?

El amor que Jesucristo tuvo á los hombres, lo condujo á extremos inconcebibles: *peca el injusto, y es castigado el justo: padece el bueno lo que merece el malo: sufre Dios lo que cometió el hombre* <sup>2</sup>. ¡Ah! Ese amor es infinito, no conoce límites, ni padece disminucion. ¿Será ahora menor que cuando Jesus conversaba con los hombres? Nadie tenga la desgracia de pensarlo, porque sería esta la mayor injuria que haria á la bondad infinita. Jesus tiene siempre presentes los dolores de su pasion y los tormentos de la cruz, que ha sufrido por salvar las almas; y para que supieran los hombres que la puerta de la misericordia divina estaba abierta para todo el que se arrepintiese, dispuso que quedase sin cerrar aquella llaga por donde se descubre su Corazon. ¡Qué consuelo es este para mi alma, que tantas veces ha tenido la desgracia de amar á las criaturas, y ser ingrata á su Dios y Salvador! Sé que la ira justa del Criador debia caer sobre mí; pero no temeré, porque

<sup>1</sup> 1.<sup>ª</sup> Joan. cap. 2. vv. 1. 2.

<sup>2</sup> Div. August. Medit. c. 7.

huiré del Juez al Redentor, escondiéndome en el aposento de su Corazon: sé que el cataclismo de mis pecados no podia menos de envolverme en irremediable ruina: mas Jesus me ha deparado una arca de salvacion, abriéndome su costado: *la lanza del soldado lo abrió, y yo entraré, y descansaré seguro* <sup>1</sup>.

No hay mas que echar una mirada á Jesus crucificado, para convencerse de que él es el amparo de los pecadores arrepentidos: tiene la cabeza inclinada para llamarnos, los brazos abiertos para recibirnos, y su Corazon traspasado para introducirnos en él. *No hay que temer que vuelva su rostro de nosotros, si nos convirtiéremos á él* <sup>2</sup>: no creamos que nos eche en cara nuestras maldades: *porque, si el impío hiciere penitencia, vivirá, y no me acordaré mas de sus iniquidades*, dice el Señor <sup>3</sup>. ¡Ah! Felices clavos, dichas espinas, gloriosa lanza! Fuísteis inhumanos y crueles para con el amabilísimo Jesus: pero sois el trofeo de sus glorias, el monumento de sus piedades, el recuerdo de nuestra salud, y el consuelo de los pobres pecadores, que lloran sus extravíos. Abracémonos, pues, con fe á la cruz de Jesucristo nuestro Salvador; arrojémonos á sus pies como la pecadora, sellémoslos con ósculos de amor puro como la Magdalena, y llamemos á su Corazon con confianza. Pero acordémonos siempre de estas palabras del Espíritu Santo: *Hijo, ¿pecaste? Pues no vuelvas á pecar; mas ruega por las culpas antiguas, para que te sean perdonadas* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Div. Aug. Man. cap. 23.

<sup>5</sup> Paral. cap. 3. v. 9.

<sup>2</sup> Ezeq. cap. 18. v. 21.

<sup>4</sup> Eccli. cap. 21. v. 1.

## EJEMPLO.

Como Jesucristo se habia captado la voluntad del pueblo en gran parte por su rectitud y santa vida, y mucho mas por su suavidad y dulzura, quisieron sus enemigos poner á prueba ambas cosas, su justicia y su misericordia, para ver si podian desacreditarlo y acusarlo: y al efecto, estando el divino Maestro sentado en el templo, enseñando á las turbas, se presentaron con gran aparato, y en copioso número, trayendo en custodia á una infeliz pecadora. La desgraciada viene cabizbaja, afligida, cubierta de vergüenza, y contando los minutos que le faltan, para ser despedazada bajo una nube de piedras, como mandaba la ley. *Maestro, le dicen, esta muger ha sido sorprendida ahora en adulterio, y Moisés nos mandó en la Ley, que apedreáramos á estas tales. ¿Qué dices tú?* <sup>1</sup> Jesus no contesta: pero, inclinándose, escribia en la tierra: y como le instasen los fariseos á que diese su dictámen, se levantó y les dijo: *El que de vosotros esté sin pecado, tire el primero contra ella la piedra.* Jesus se inclinó de nuevo, y continuó escribiendo, y mientras tanto, se fueron los tentadores, uno tras otro, hasta dejar sola á la pecadora delante de Jesus, quien lleno de piedad la dijo: *Muger, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado? Ninguno, Señor, contestó la adúltera. Ni yo tampoco te condenaré,* la dijo Jesus. *Vete, y no piques mas.*

<sup>1</sup> Joan. cap. 8. vv. 4. 5.

## PROPÓSITOS.

¡Ah! Esta escena en que se ve la malignidad de los corazones perversos, la triste suerte del pecador, si Dios no tuviera un corazón de padre, y el modo como ejerce su piedad con los hombres, es la representación de lo que acaece con nosotros, cuando pecamos: el demonio nos acusa, y reclama nuestra alma para llevársela como á adúltera, que ha faltado á la fidelidad que debe á Dios, entregándose al vicio: pero Dios espera con benignidad, y desechando al enemigo, dice al corazón del hombre: *Hijo mio, ¿por qué te quieres perder? No vuelvas á ofenderme: llora tus culpas, y ni habrá quien te acuse, ni yo te condenaré.* Demos cada día gracias al Señor por esta misericordia, y vivamos con temor de sus juicios.

## AFECTOS.

¡O Dios mio! me confundo y me avergüenzo de levantar mi cara hácia ti <sup>1</sup>. ¡Cuántas veces, por haber yo pecado, el dragon infernal estuvo con sus fauces abiertas para tragarme, y tú me defendiste! <sup>2</sup> Pero tú, Señor, iluminas á los ciegos, tú rompes las cadenas de los cautivos. Dios de mi socorro, en quien está mi esperanza, ilumina mi corazón, y sostenlo con tu gracia, para amarte por toda la eternidad.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

<sup>1</sup> 1.º Eodr. cap. 9. v. 6.

<sup>2</sup> Div. Aug. Solil. cap. 13.

## DIA XXVI.

*Todo se dice como el primer día, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

## EL CORAZON DE JESUS ALEGRÍA DE LOS JUSTOS.

PUNTO PRIMERO. Es fácil comprender que, cuando Jesucristo manda á sus discípulos que por amor suyo abandonen su casa, sus padres y hermanos, se desprendan de su voluntad, y tomen la cruz y lo sigan, lo hace con el fin de proporcionarles alguna dicha: pues siendo él el Rey inmortal de los siglos, y teniendo en su mano los tesoros del tiempo y de la eternidad, nadie puede estar junto á él, sin que le toque algo de tan inefables riquezas: y siendo él dichoso en sí mismo, nadie lo imitará y vivirá en paz con él, *sin abundar en delicias* <sup>1</sup>. Y se advierte en el trato de Jesus con los hombres, que quiere que todos comprendan esta verdad, manifestando la dicha que ha de caber á cuantos lo imiten, dándoles en este mundo cien veces duplicado, cuanto hayan abandonado por él, y despues la vida eterna <sup>2</sup>.

Si, en Jesus se encuentra la verdadera dicha y la sólida alegría, y cuando uno tiene la incomparable suerte de ser su doméstico y amigo por la fe y la caridad, aun antes de entrar en el paraíso del cielo, donde se embriagarán los escogidos en la

<sup>1</sup> Job. cap. 22. v. 25.

<sup>2</sup> Matth. cap. 19. v. 29.

abundancia de sus riquezas, bebe el alma justa con gran copia las aguas cristalinas, que hacen dichosos á los hombres. Y no es preciso fatigarse, ni discurrir mucho, para encontrar esta alegría, pues la tenemos en el Corazon de Jesus, que es todo nuestro, y viene á nosotros y vive en nosotros: porque, *si alguno me ama*, dice el mismo Jesus, *guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos á él y haremos morada en él* <sup>1</sup>. ¡Ah! Era este el gran misterio del amor divino hácia el hombre, misterio escondido á los sabios carnales, y solo revelado por el Padre celestial á los humildes, la posesion de Dios en esta vida por la fe y la caridad, y con ella una dicha indecible y una alegría tan soberana como inalterable.

¡O dignacion inefable! Consistiendo la alegría eterna del justo en poseer y amar á Dios, sin temor de perderlo, quiere el Señor que empiece el hombre á gustarla en cierto modo en la vida presente, viéndolo por la fe, y poseyéndolo por la caridad, sin que le quite la paz del corazon aquel temor casto y filial, de poder perderlo por la culpa: porque este mismo temor santo lo hace cada dia mas humilde, y le obliga á estrecharse con su objeto amado, como se abraza el niño tierno con su madre, cuya leche lo mantiene, cuyo cariño lo nutre, y sin cuya existencia pereceria: y es inalterable esta alegría, porque está fundada en la palabra divina, que le asegura que, *el que empezó la obra de la santidad con su gracia, la perfeccionará* <sup>2</sup>. ¡O Dios de bondad! ¿No es esto una bienaventuranza anticipada? ¿No es esto lo que hace decir al alma justa, atribulada y perseguida

<sup>1</sup> Joan. cap. 14. v. 23.

<sup>2</sup> Philip. cap. 1. v. 6.

por el mundo, que *está llena de consuelo y rebosa de gozo en las tribulaciones?* <sup>1</sup>

Pues bien: toda esta alegría se halla depositada en el Corazon de Jesus, estando escondida allí para los pobres de espíritu, para los humildes, remunerando con su amor el odio de los malos, y con su gozo las tristezas de las adversidades. Y se ve claramente en las palabras de Jesus que, al quitar de los corazones de sus discípulos el amor del mundo, intentaba ponerlos en posesion de una dicha inexplicable, elevándolos á un trato tan íntimo con la Divinidad, que causaria envidia á los ángeles. Si hablan con aquel Dios de infinita grandeza, que eternamente engendra á su Hijo, no quiere que le den otro dictado sino el de Padre: por su parte, este Hijo les ha prodigado el nombre de amigo <sup>2</sup>, y respecto del Espíritu Santo, les asegura que vendrá á ellos, y morará en ellos <sup>3</sup>. ¡Ah! Dios es el padre amoroso del alma, Dios es su amigo fiel, Dios es su tierno esposo. ¿Puede darse mayor dicha? Deseemos por tanto con ardor poseer esta alegría de la salud, que se nos ofrece en el Corazon de Jesus: pero meditemos en los medios para alcanzarla; los cuales son, por una parte, su gracia, y humillémonos cada dia pidiéndosela al Padre de las misericordias: y por otra, nuestra cooperacion, renunciando á las alegrías mundanas, y desterrando de nosotros todo afecto terreno: estos son los dos ejes, sobre los cuales se ha de mover la vida progresiva de la santidad, la gracia divina, y la libre cooperacion del hombre:

<sup>1</sup> 2.<sup>a</sup> Cor. cap. 7. v. 4.

<sup>2</sup> Joan. cap. 15. vv. 14, 15.

<sup>3</sup> Ibid. cap. 14. v. 17.

sin lo primero no tendríamos fuerza: sin lo segundo no tendríamos mérito.

PUNTO SEGUNDO Amar á Jesus, y ser amado de él, es una dicha tan soberana, que ni hay objeto en el mundo con que pueda compararse, ni lengua que pueda explicarla: porque, si bien nosotros no pudiéramos amar á Dios, si él no nos hubiese amado primero, es tanta su dignacion, que, apenas la criatura corresponde al llamamiento celestial, la enriquece Dios con nuevos favores con una complacencia y amistad inexplicables, de lo que la Sabiduría eterna nos ha dado certeza, diciendo: *Yo amo á los que me aman* <sup>1</sup>. Y cuando el alma ha llegado á entrar en el afecto de todo un Dios, ¿qué le resta sino exclamar con el Profeta que, en los cielos y en la tierra, Dios es el dueño de su Corazon, su herencia y su todo? <sup>2</sup> ¡Ah! Dios, al sacarnos de la nada, adornándonos de tantos dones de naturaleza y gracia, no tuvo otro fin sino la manifestacion de su gloria y nuestra propia felicidad, que consistia, toda entera, en amarlo á él, teniendo nuestras delicias en la verdad, en la justicia y en la santidad. Y como Jesucristo es la verdad por esencia, la justicia eterna y la santidad infinita, al llamar á los hombres cabe sí, no tiene más objeto, que restablecer la gloria de su Padre, que el primer hombre habia pretendido destruir, y devolver al mismo hombre la felicidad perdida, infundiéndole amor á la virtud y haciéndole dichoso aun en este valle de lágrimas, por donde va de viaje hácia el cielo.

Mas, para encontrar esta alegría entre los gemidos de los desterrados, es necesario amar á Dios:

<sup>1</sup> Prov. cap. 8. v. 17.

<sup>2</sup> Psalm. 72. v. 25.

porque, si buscamos nuestra satisfaccion en las criaturas, nunca caerá sobre nuestras almas una gota de aquel raudal de gozo santo, que está oculto en la pobreza de espíritu, en la abnegacion de sí mismo, y en el desapego de todo lo terreno por amor de Dios. ¡Ah! ¡Cuánta es nuestra desventura, al poner nuestro afecto en la vanidad del mundo! Recojemos basura, y despreciamos el oro: allegamos lodo, y dejamos las perlas, cuando el Señor nos dice que el alma que lo ama, aunque se encuentre desierta y abandonada de todos, la llenará de delicias, y convertirá su soledad en un vergel ameno, donde él mismo habita <sup>1</sup>. Pero, si llegamos á gustar de las delicias del amor divino, entonces veremos con cuánta razon aquella alma enamorada de la belleza infinita y de la dignacion inefable de Dios, exclamaba y decia: *Tráeme: correremos tras el olor de tus unguentos: nos alegraremos y regocijaremos en ti, acordándonos de tu Corazon amoroso: porque los rectos y justos no pueden menos de amarte* <sup>2</sup>.

Y, ¿quién no bendice al amabilísimo Jesus, al ver con qué suavidad y dulzura va introduciendo á sus discípulos en esta era de dicha y alegría para las almas? Para animarlos á llevar su yugo, les dice que es suave: y cuando les ha enseñado á desprenderse de todo afecto terreno y tomar su Cruz, dejándoles por único patrimonio temporal las persecuciones del mundo, entonces no solo les dice que su carga es lijera, sino que la han de llevar con alegría. *Pedid*, les dice al despedirse de ellos; *pedid, para que vuestro gozo sea cumplido* <sup>3</sup>: *mi Padre os ama,*

<sup>1</sup> Isai. cap. 51. v. 3.

<sup>2</sup> Cant. cap. 1. v. 3.

<sup>3</sup> Joan. cap. 16. v. 24.

porque vosotros me amásteis <sup>1</sup>. Y dirigiéndose á su Padre; *Padre, le dice, le ruego por estos que me diste, guárdalos en tu nombre, para que su gozo sea completo* <sup>2</sup>. ¡Ah! ¿Qué mas puede desear el alma para ser feliz? ¡Tener por suyo el Corazon divino! ¡Amar, y ser amada de Jesus! Así salian los Apóstoles embriagados de gozo, del concilio donde habian sido afrentados y azotados por Jesucristo <sup>3</sup>: porque el gozo mismo del Señor era el que los fortificaba <sup>4</sup>.

¡Qué engañados viven los mundanos, que creen que no son felices los que no participan de sus locuras y disipaciones, y miran con horror á los que tienen su vida escondida con Cristo en Dios! No es así, no; porque *los mansos de corazon añadirán una alegría á otra en el Señor* <sup>5</sup>. Los que creen en él, se alegrarán con un gozo inexplicable <sup>6</sup>: porque *nuestro Dios es para nosotros todo lo agradable, todo lo útil, todo lo honesto. Es el bien sumo, la gloria cumplida y el sumo placer* <sup>7</sup>. Lejos pues de mí, alegrías de la carne, gozos engañosos de la vanidad y diversiones del mundo. Yo solo quiero amar á mi Jesus y vivir en su Corazon, y entonces en *gran manera me gozaré en el Señor*, y se regocijará mi alma en mi Dios: porque me puso vestiduras de salud: y con un manto de justicia me rodeó, como á esposo decorado con corona, y como á esposa ataviada de sus joyeles <sup>8</sup>.

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Ibid. cap. 17. v. 13.

<sup>3</sup> Act. cap. 5. v. 41.

<sup>4</sup> Gaudium etenim Domini est fortitudo nostra. (2.<sup>o</sup> Esdr. cap. 8. v. 10.)

<sup>5</sup> Isai. cap. 29. v. 19.

<sup>6</sup> 1.<sup>a</sup> Petr. cap. 1. v. 8.

<sup>7</sup> Div. Bernard. Serm. 5. in Vig. Nat.

<sup>8</sup> Isai. cap. 61. v. 10.

## EJEMPLO.

Para gozar de la alegría del espíritu, es necesario renunciar á los deseos corrompidos de la carne y darse todo al Señor, así como él se nos da todo á nosotros. Refiérese en la vida de la gran amante de Jesus Santa Teresa, que atravesando un dia por uno de los dormitorios de su convento, se encontró inopinadamente con un niño hermosísimo que andaba por ellos. Maravillada la Santa de ver aquella criatura, le preguntó á dónde iba: y como no respondiese, creyó que sería hijo de alguna familia pariente de alguna de las religiosas del monasterio, y que estando quizás en visita, venia á buscarla. Para cerciorarse, preguntó al niño su nombre, diciéndole: ¿Cómo te llamas, niño? Mas este, en vez de contestarla, la dijo lleno de gracia y con sonrisa en los labios, que le dijese cómo se llamaba ella, y quién era: y habiéndole respondido que se llamaba *Teresa de Jesus*, el niño contestó: pues yo me llamo *Jesus de Teresa*; y dicho esto desapareció, dejando á la Santa extática de gozo y rebosando en alegría de espíritu.

## MÁXIMAS Y PROPÓSITOS.

¡Ah! Tambien sería Jesus todo nuestro, si hiciéramos lo que él nos prescribe. Cada dia y cada hora, está diciendo á cada uno: *Hijo, dame tu corazon*: y nosotros se lo negamos, y lo fijamos en las criaturas. Veamos qué afecto terreno nos domina, ó si hay en nosotros algun apego á alguna cosa que no sea Jesucristo, y arranquémoslo de raíz. *Si el alma desea*

*alguna cosa exterior, dice San Agustin, es señal de que no posee á Dios interiormente* <sup>1</sup>.

AFFECTOS.

Voz de regocijo y de salud en las tiendas de los justos. ¿Qué amas? ¿Qué deseas, alma mia? En Dios está cuanto amas, en Dios se halla cuanto deseas <sup>2</sup>. El Señor es todo para mí, para que yo lo goce <sup>3</sup>. Alegrame en ti, de ti, y por ti, ó Dios mio, es la verdadera vida bienaventurada, y no otra <sup>4</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

**DIA XXVII.**

*Todo se dice como el primer día, hasta la siguiente*

**MEDITACION.**

EL CORAZON DE JESUS CENTRO DE UNION DE LOS ÁNGELES  
Y LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO. Desde el principio del mundo sacó Dios de la nada á ambas criaturas, la angélica y la humana; y aunque la una es mas perfecta que la otra, por ser puramente espiritual, las dos tenían un mismo fin, que era amar y servir á Dios, el ángel en

<sup>1</sup> Soliloq. cap. 30.

<sup>2</sup> Div. Aug. Man. cap. 34.

<sup>3</sup> Clement. Alex. lib. 2. Pædag. cap. 6.

<sup>4</sup> Div. Aug. lib. 10. Conf. cap. 22.

el cielo y el hombre en la tierra; de la cual sería trasladado éste algun día, sin padecer muerte ni pena alguna, reuniéndose los hombres en el paraíso celestial con los espíritus soberanos, y gozando con ellos de la gloria sin fin. ¿Qué amor tan puro se tendrían dos criaturas tan privilegiadas? ¿Qué afecto no vincularía á unos seres, que debían á la pura misericordia de Dios el haber sido criados de la nada, adornados de los dones de la gracia y destinados á la gloria? Pero ¡ó desgracia! una parte de los mismos ángeles, tan favorecidos de Dios, no quiso humillarse ante su Criador, y fué precipitada en el abismo: y el hombre también, sacudiendo de sus hombros la ley de amor, que Dios le impuso para probar su fidelidad, fué condenado á morir, cerrándosele la puerta del cielo, y no teniendo en la vida futura participacion con los ángeles, á cuya custodia lo entregara el Sér divino en la presente.

Consumada la apostasía del hombre, parece que debía desaparecer aquel vínculo de caridad, que unía á las dos naturalezas en el amor del Señor que los criara, en quien se amarian todos sus individuos, de cuyo cariño gozarian, y á quien eternamente cantarían con suavísima armonía el mismo himno de gloria. Pero amó Dios al hombre con demasia <sup>2</sup>, y al mandar á su propio Hijo en semejanza de la naturaleza pecadora, para establecer entre lo terreno y lo celestial la armonía rota por la culpa, se hizo este Hijo modelo de caridad, no solo para los hombres, sino también para los ángeles: y ya que, por haber imitado á los espíritus malos en el orgullo, se hizo el hombre compañero suyo en las penas, perdiendo la

<sup>1</sup> Ephes. cap. 2. v. 4.